

---

## COMETA

–¡Despierta María!

–¡Ya voy mamá!

–Tienes que tomarte las pastillas son las 8:00.

–¡Que ya voy!

No tenía sueño, pero no quería levantarme de la cama. Me pasaría todo el día tumbada sin hacer nada. ¡Para qué voy a madrugar si llevo sin cruzar la puerta de casa 3 meses!. La monotonía se había anclado en mi día a día, siempre la misma rutina: me despertaba, desayunaba, volvía a la cama. A lo largo del día solo me levantaba para comer algo, ir al baño y tomar la medicación. Nadie me hacía compañía, ya que mis padres se pasaban todo el día en el trabajo. No albergaba ningún aliciente, ningún objetivo que me motivara para afrontar con ánimo los 24 años recién cumplidos. De carácter muy alegre, con muchos amigos tanto en el instituto como en la universidad. Estudié Derecho para después poder sacar la oposición de inspector de policía. Mi plan marchaba sobre ruedas; acabé la carrera en 4 años y comencé mi preparación en la academia. Las pruebas físicas no me asustaban pues siempre había sido buena deportista. La verdad es que tenía bastante claro desde pequeña lo que quería ser. Mi padre, que era policía, era mi referente más próximo. Me embelesaban sus historias sobre cómo ayudaba a las personas.

Una mañana, hace seis meses, me levanté ilusionada para ir a la academia; apenas quedaba un mes para realizar el examen. Cogí el coche y a mitad de camino sucedió... Todo ocurrió muy deprisa: bajé la vista para cambiar el dial de la radio y cuando levanté la mirada un coche se había salido de su carril y lo tenía encima. Cuando me desperté a la primera persona que vi fue a mi madre sentada en la cama del hospital; intenté incorporarme, pero sentí un fuerte dolor en todo el cuerpo. A mi madre se le saltaban las lágrimas. Giré la cabeza y no podía creer lo que veían mis ojos. Me faltaba el brazo izquierdo, en su lugar había un montón de vendas que tapaban lo que parecía ser un muñón. En ese momento un cúmulo de pensamientos pasaron por mi cabeza, una mezcla entre desconcierto, tristeza y un terror irracional que no había experimentado nunca. Entonces entró el médico en la habitación y me explicó lo sucedido. El accidente había destrozado por completo mi brazo y no les había quedado más remedio que amputarlo.

Me costó varias semanas asimilar mi realidad. Mi vida había dado un giro de 180 grados y no sabía cómo seguir adelante. No dormía casi nada, me pasaba día y noche llorando; los intentos de consuelo de amigos y familiares no hacían más que acrecentar mi malestar. Mi sueño de ser policía para ayudar a las personas había desaparecido y no tenía ninguna meta que me motivara para continuar. Me había estado informando y mis posibilidades de acceder al cuerpo de policía se habían hecho añicos.

Una mañana por fin salí de casa para hacer unos encargos. Mientras cruzaba el parque del barrio, vi a un grupo de niños en círculo dando voces. Me acerqué a ver qué ocurría y la situación me dejó horrorizada. Había un niño pequeño, de unos 10 años, tirado en el suelo; el resto de niños lo estaban rodeando. Unos se reían de él, otros le insultaban y hasta había uno que le estaba dando patadas. Rápidamente ahuyenté al resto de niños y ayudé a levantarse al que estaba en el suelo. Tenía la cara bañada en lágrimas, pero pude observar ciertos rasgos particulares en su cara. Tenía síndrome de Down.

En ese momento vi acercarse corriendo a una señora. Se trataba de su madre. Había dejado al pequeño con sus amigos cinco minutos mientras se acercaba al supermercado. Me agradeció una y otra vez haberle ayudado. El niño, mientras tanto, me miraba con curiosidad. Finalmente me dedicó una sonrisa y dijo que se llamaba Miguel. Me invadió un sentimiento de felicidad que llevaba tiempo sin experimentar; justo entonces alguien me tocó la espalda.

—¡María ya son las 8 y media! El médico fue muy estricto con las horas a las que tenías que tomar la medicación—. Me levanté de la cama sobresaltada, pero había algo diferente. Una tímida sonrisa se dibujó en mi cara. Por primera vez en semanas sentía algo dentro de mí que me empujaba a seguir adelante. Una nueva meta.

—Pues bien Miguel, de eso hace hoy 20 años. Así nació el proyecto de mi vida: hacer un centro social para niños diferentes. Niños que son tan niños como todos los demás, pero a los que la vida ha puesto en su camino ciertos obstáculos que tienen que superar. Y para eso estamos nosotros, para ayudar a que desarrollen todas sus facultades y estén preparados para tener las mismas oportunidades que cualquier otro, el día de mañana.

Miguel se levantó y me dio un abrazo. Acto seguido salió por la puerta, no quería llegar tarde su primer día en comisaría. Miré por la ventana que daba a la calle y vi cómo emprendía su nuevo camino mientras le despedía con mi prótesis de metal.

La cometa se eleva más alto en contra del viento, no a su favor.